IV

Folentin el gordo, como irreverentemente llaman en la Bolsa al barón de Rocher, había heredado una gran fortuna de su padre, uno de los jefes de la casa de banca Ravenaud y Compañía. Algunos servicios prestados por el abuelo de Folentin á fines del reinado de Luís Felipe le habían valido el título de Barón. Embromado por sus amigos respecto á su reciente nobleza, el banquero había declarado que por su parte no le atribuía la menor importancia, pero que podía ser útil á sus hijos. Con efecto, durante su vida, que fué larga, pues murió en 1870, en vísperas de la guerra, se hizo llamar sencillamente Folentin. El hijo de Folentin el gordo no usó tampoco el título, pues profesaba ideas republicanas, y al lado de Gambetta, su amigo y jefe, consiguió salir diputado por el distrito de Beaumont en las elecciones que siguieron á la paz con Alemania. Folentin, hombre de negocios, acogido con cierta benevolencia por Thiers, fué ministro de Hacienda. Desde su alto destino Folentin prestó grandes servicios, contribuyendo no poco con

su sabia administración á liquidar la indemnización que hubo que pagar al vencedor. Fué luego gobernador del Banco, y murió dejando una reputación de financiero de primer orden. Armando Folentin—éste ya se hacía llamar Barón—añadió á su nombre el de una finca que su familia poseía, hacía más de un siglo, y para el mundo de la vida fácil fué en adelante el gordo Folentin de Rocher. Era simpático, alegre, muy dispuesto siempre á divertirse, pero ni aun en las más grandes ocasiones derrochaba el dinero. Sus opiniones, diametralmente opuestas á las de su padre, eran reaccionarias y con marcado tinte de orleanismo. Esto le hizo perder el acta de diputado que los electores de Beaumont ofrecieron á Prévinquieres. Folentin no guardó rencor á su contrario. Había comprendido que la corriente de la opinión llevaba á los republicanos al socialismo, y como sentía horror por todo lo que pudiese acarrear una modificación en el orden de las cosas que le aseguraban la tranquilidad de la vida, se había separado de la política.

Como hombre avisado tomaba sus precauciones. Colocaba la mayor parte de su fortuna en Inglaterra, en la banca Jarret y Firms, de la que era corresponsal, y seguro de que nada tenía que temer de los exaltados que soñaban con probar reformas á riesgo de arruinar á Francia, dedicaba á esos peligrosos sectarios frases sarcásticas y despreciativas.

Subvencionaba un periódico de bulevar y esportivo, el *Gentleman*, cuyo redactor en jefe era legitimista y clerical. En él se defendían con igual competencia al Papa y sin olvidar al cuerpo de baile de la ópera, con el que Folentin tenía razones especiales para mostrarse benevolente.

Si no fuera por un amor propio enfermizo, que le hacía juzgar que cuanto poseía, cosas y personas, era superior á lo que poseen los demás, el Barón hubiese vivido dichoso. De este amor propio nacía un espíritu de comparación llevado al exceso que era causa de que Folentin desease con inmoderado ardor todo cuanto no tenía y otro ostentaba ante sus ojos. Semejante estado de espíritu habría sido calificado de envidia por un moralista, y en esto se hubiera equivocado. Folentin no tenía envidia, no era más que un refinado y un vanidoso. En su concupiscencia no entraba un átomo de hiel. Deseaba los éxitos por la gloria de alcanzarlos, y una vez obtenidos se prestaba con gusto á rendir tributo á los demás.

Una de las razones por las cuales no se había casado era la incertidumbre en que se encontraba, hasta ese día, respecto á la superioridad de las mujeres á las que hubiera podido dar su nombre. Verdaderamente, ¿había alguna que valiese la pena? ¿No encontraría al día siguiente una más guapa, más espiritual y más rica?

Le había sucedido lo que al pez de la fábula, que al principio había desdeñado carpa y barbo, buscando la víctima que colmase todos sus deseos, y esta irresolución había cumplido treinta y seis años. A decir verdad, nunca había pensado en Rosa Prévinquieres, á la que conocía desde larga fecha. La encontraba bonita, elegante, fina, pero no había empezado á juzgarla debidamente hasta que Condottier se prendó de ella y empezó á quererla con pasión.

El marqués de Condottier no era un personaje cualquiera, y su elección no podía ser tratada á la ligera. Reinaba en la juventud parisiense y le daba tono. Era un árbitro de la moda y de la elegancia. Folentin se enorgullecía siendo su amigo, y en otro tiempo había deseado mucho que se le presentasen, y á pesar de la diferencia tan grande de edad que entre ellos había, llegaron á ser íntimos amigos. En diferentes ocasiones Folentin había prestado á Condottier fuertes cantidades, que éste le había devuelto escrupulosamente, pues el *baccará* repara las brechas hechas por el *baccará*. Para Folentin el Marqués era un ser escogido al que rendía homenaje, hacía esfuerzos para copiarle, y sobre el que desesperaba poder alcanzar ninguna ventaja.

Sin que él mismo se diese cuenta, y en el fondo de su pensamiento, el proyecto de suplantar al Marqués cerca de Rosa Prévinquieres, pro-

yecto nacido en un instante en el transcurso de la conversación de la víspera, tenía su origen en ese deseo latente de triunfar del Marqués. No se lo confesaba á sí mismo, pero cuando Rosa, rechazando á Condottier, había dejado entender que quería casarse con un hombre serio, el gordo Armando sintió un estremecimiento solo al entrever la ocasión de una de esas victorias decisivas, espléndidas, que colocan á un hombre de mundo en primera línea. Grande honor, sin duda, pero también grave peligro. Sabía que vencer á Condottier era enajenárselo; pero una riña sería la consagración del triunfo. Sin embargo, deseaba evitar los riesgos, que si bien era vanidoso era también prudente, y voluntariamente no salía al encuentro de los peligros. Por el momento el riesgo desaparecía, porque el Marqués se mostraba indiferente, y bajo reserva de amenazas, que muy bien podían tomarse á broma, aceptaba con tranquilidad que Folentin lo suplantase.

Mas era necesario conseguir esto, y Armando no podía descuidarse, porque si bien estaba perfectamente claro que la señorita Prévinquieres no quería casarse con Condottier, semejante resolución no significaba que Folentin hubiese de tener mejor fortuna. De su especie é importancia era el candidato que la joven describía como único que le pudiese convenir; pero ¿era Armando Folentin, barón de

Rocher, y no otro imaginado idealmente por la joven y cuyos méritos y cualidades tenía inventariados? Folentin no llegaba á pensar que Rosa se hubiese ingeniado para trazarle su propio retrato y decidirle á que se presentase cuando él no pensaba en ello. Hubiera sido ofrecerse ella misma, y por muy vanidoso que fuese el Barón, no llevaba hasta tan lejos su confianza en sí mismo.

Se decía todo esto porque era un espíritu práctico, y porque con la costumbre de tratar importantísimos negocios había llegado á adquirir una extraordinaria rapidez en la decisión. Sabía que tantear no reportaba ningún beneficio, y que para franquear los obstáculos no hay como abordarlos rectamente. Su visita de por la mañana había tenido por objeto hacer intervenir á una tercera persona, cuya mediación juzgaba oportuna. Había ido á notificar sus proyectos al P. Pierquin, Vicario general del Obispado de Tours, y á pedirle su apoyo.

El P. Pierquin estaba emparentado con la señora Prévinquieres y era su consejero en circunstancias difíciles. Gozaba de poderosa influencia en la familia, aun sobre el libre pensador diputado por Beaumont, al que impresionaba á pesar de sus alardes de independencia, por la frialdad de sus ademanes y la austera firmeza de su espíritu. Folentin, que en su periódico defendía con igual entusiasmo la Igle-

sia y el Rey, sabía de antemano que podría contar con la benevolencia del Vicario general, y por sus buenos oficios contaba conquistarse á la señora Prévinquieres y tenerla por defensora de su causa. En todo caso estaba seguro de que se haría una demanda prudente y con la reserva más grande y la discreción más absoluta, á fin de poner á salvo su amor propio, pues en esta aventura matrimonial la preocupación constante del barón de Rocher no era otra que la de ahorrarse toda humillación por ligera que fuese. Era cosa convenida que si las pretensiones de Folentin merecían favorable acogida por parte de Rosa y de su familia, sin ningún comentario y sin hacer la más ligera alusión, el señor Prévinquieres escribiría á su vecino y le invitaría á comer. Después vendrían las explicaciones, que serían francas y leales. De modo que la invitación querría decir: «Venga usted con la seguridad de ser bien recibido.» Lo demás era cosa que solo importaba á Folentin.

El castellano de Rocher había puesto el mayor cuidado en no decir á sus huéspedes el secreto de su negociación. Era demasiado listo para procurarles él mismo la ocasión de que pudiesen estropear sus planes. En su modo de ver entraba en mucho hacer creer que en Beaumont le habían hecho avances clarísimos que le habían decidido á salirse de su papel de plenipotenciario. De este modo arrojaba sobre los Prévinquieres

el descontento que sentía Condottier, y, sin figurárselo, creaba á Rosa una enemiga en la condesa Grodsko, que no porque disimulase sus rencores había de ser menos terrible.

En las conversaciones que el Marqués sostenía con su hermana no se trataba más que de la inconcebible resolución de Rosa, á la que habían creído enamorada, y sus recriminaciones solo se dirigían á ella. Para ellos, Folentin no era más que un bobo á quien aquella criatura, avisada y ambiciosa, escogía como hubiera podido escoger á otro más rico si lo hubiese encontrado á tiempo en su camino. Muy suavemente el Barón cesaba de ser culpable para convertirse en víctima. Pero Rosa era una ingrata, una egoísta, una orgullosa que quería conquistar la sociedad y que sacrificaba todos los sentimientos á la realización de su sueño.

Entretanto, instalados en el castillo de Rocher y viviendo al lado de Folentin en completa intimidad, hacían esfuerzos para disimular sus sentimientos, y poniendo al mal tiempo buena cara se empeñaban en no abandonar la plaza hasta que el acuerdo entre su huésped y los Prévinquieres fuese públicamente declarado. Los momentos en que los hermanos se encontraban con el Barón ofrecían á unos y otros ocasiones admirables para lucir sus dotes de actores. Ni una sola palabra de las que pronunciaban revelaba el estado de sus espíritus. Hablaban

de todo con encantadora ligereza mundana, pero escuchándose recíprocamente podían decirse: «Tú no dices una palabra de lo que piensas.» Hacían un ejercicio de voluntad, y cuando habían pasado una velada juntos, tratando de engañarse sin conseguirlo, como no fuese en apariencia, estaban tentados de dirigirse mutuos cumplidos por lo bien que habían desempeñado sus papeles. La mentira de los salones florecía allí en todo su esplendor y se cultivó hasta el día en que Folentin recibió una carta de Beaumont, en la que Prévinquieres invitaba á su vecino á comer «con su excelente Vicario general». La cosa no podía ser más significativa, y por esta vez Folentin no pudo ocultar su satisfacción. Tuvo la franqueza de decir claramente á Condottier y á la condesa Grodsko:

—Me aceptan, y por lo tanto es inútil que tratemos de engañarnos más tiempo. Mañana como en Beaumont.

—Y nosotros nos vamos á París esta noche.

—Pero sin rencor, como nos lo hemos prometido...

—Claro está, amigo mío. Todo ha sido franco y leal entre nosotros, ¿no es cierto? Nuestras relaciones deben continuar. No dude usted de que tanto mi hermana como yo asistiremos á su boda, y seguiremos yo siendo su amigo, y ella la amiga de su mujer.

Folentin oyó tales protestas, prometiéndose poner más adelante orden á esos arrebatos de

ternura. Estuvo amabilísimo con sus huéspedes; hasta la hora de la marcha los acompaño él mismo á la estación, en su *mail-coach*, y al día siguiente fué á comer á Beaumont.

En casa de Prévinquieres la intervención del Sr. Vicario había producido un efecto formidable. En el preciso momento en que el industrial se deshacía en lamentaciones por la soltería de su hija, estalló bruscamente el anuncio de la halagadora indicación del barón de Rocher. La señora Prévinquieres, con el rostro resplandeciente de alegría, entró en el despacho de su marido para comunicarle la buena noticia. Duburle la acompañaba, y se había llamado á Mauricio para que tomase parte en el Consejo de familia. Solo se había dejado á un lado á la principal interesada, esperando que llegase el momento de informarla con más amplitud, siguiendo las reglas en uso. La señora Prévinquieres se sentó ante su intrigado marido y dijo:

—Acaba de hacérseme una petición tan importante para todos nosotros, y tan halagadora para Rosa, que no quiero guardar el secreto ni un solo minuto. Nuestro querido Vicario nos pregunta si nosotros veríamos con buenos ojos que el barón de Rocher...

—¿Folentin?—exclamó Prévinquieres.

—¿Ese joven viejo?—dijo Mauricio.

La señora Prévinquieres fijó en su hijo una mirada llena de severidad.

—Un partido magnífico; una posición enorme en provincias y en París.

—¡Diablo, diablo!—murmuró Duburle.—Esta candidatura no se debe despreciar, por más que Mauricio la desprecie con el hermoso desdén de sus veintiséis años.

—¿Qué edad tiene Folentin?—repuso el joven.—A mí me parece ya un anciano...

—Se le pueden calcular unos treinta y cuatro años.

—Está muy bien conservado, tiene un estómago excelente...

—Y aún conserva algunos cabellos. Es un desperdicio agradable.

—Mauricio, eres horriblemente molesto.

—¡Ah! No es ese el hombre que había soñado para Rosa. Lo que le hace falta es un joven de mi edad, poco más ó menos.

—¿Un chiquillo que no hiciese más que tonterías? Háblale de esto, y verás cómo te recibe. Rosa es una criatura práctica, y si se casa con Folentin...

—Será muy rica, pero nada más.

—Evidentemente, esta criatura es idiota—exclamó Prévinquieres señalando á su hijo con gesto abatido.—No contento con hacer tonterías por cuenta propia, aconseja á los demás que las hagan también. Si tienes el poco tacto de repetir esas imbecilidades á tu hermana, yo me encargaré de ajustarte las cuentas.

—Bueno, bueno. Ella es la que se casa y no yo. Si Folentein le sirve...

—¡Qué lenguaje! No sé cómo te atreves á hablar así. Un apache de La Villette no se expresaría de otra manera.

—En el fondo—replicó Mauricio sin turbarse—Folentin me parece muy bien. Podré *sablearle*.

—Encantadora perspectiva. No dejes de anunciársela.

—Vamos, papá, no te enfades. Lo primero que debemos hacer es averiguar si el barón de Rocher le parece aceptable á Rosa. Antes de saberlo, todo cuanto digamos y nada viene á ser lo mismo.

—Es un hecho que, cuantos candidatos le hemos presentado hasta ahora, han sido rechazados por ella despiadadamente.

—Dejadme á mí el cuidado de hablarla—dijo la señora Prévinquieres.—Entre mujeres las cosas se arreglan mejor.

—Bien, es asunto decidido. Si rechaza á Folentin, no sé qué vamos á ofrecerle para que se decida.

—Ahora que pasea por el jardín, voy á hablarla.

No sin sorpresa Rosa vió que su madre se dirigía hacia ella. La señora Prévinquieres no salía nunca al aire de la mañana, por respeto á su tez, que exigía grandes cuidados, y avanzaba

por el jardín sin preocuparse lo más mínimo de los rayos del sol, todavía abrasadores en aquel comienzo del otoño. La joven, sonriente, le ofreció la sombrilla que tenía en la mano y le dijo:

—¿Qué sucede que sales antes de almorzar?

—Cosas muy graves .. ven conmigo.

La llevó hasta un banco de mármol que estaba á la sombra de un grupo de pinos, obligándola á que se sentase á su lado.

—Querida hija mía—le dijo—; tú sabes lo mucho que preocupa á tu padre y á mí que no te cases, á pesar de las ocasiones que se te han presentado. No hemos querido ejercer ninguna presión sobre ti, y te hemos dejado la libertad de elección... Hoy, un nuevo partido se presenta, y por las muchas ventajas que ofrece es muy digno de que te fijes en él...

—¿De quién se trata?—preguntó resueltamente Rosa.

—Del barón de Rocher.

El rostro de la señorita Prévinquieres se iluminó con una sonrisa.

—¡Cómo!—exclamó.—¿Ese solterón empedernido se deja vencer al fin? Tienes mucha razón, mamá, es un partido que no se debe despreciar.

—¿Verdad? Pertenece á la mejor sociedad, sostiene muy buenas relaciones con los Príncipes y trata directamente con el Papa... Una fortuna magnífica... ¿Qué le falta?

—Una mujer que sepa sacar partido de su brillante posición.

—Y esta mujer, Rosa, ¿serás tú?

—Puede ser...

—Por esta vez no rehusas de primera intención como has hecho siempre. Quieres examinar la candidatura de nuestro vecino, y esto indica que saldrá vencedor...

—No vayamos tan de prisa, mamá; la otra noche hablé muy formalmente con el Sr. Folentin. Empezó como embajador de uno de sus amigos, y acabó siéndolo suyo ..

—¿Qué?

—Sí. Se había constituído en abogado de Condottier, y defendía su causa con verdadero ardor. Yo no sé cómo se torció la conversación, y estuvo á punto de pedirme la mano. Comprendí claramente que se había rendido á discreción, y que no tardaría en dar el paso que ahora me anuncias.

—Y ¿no me habías dicho nada?

—¿Y si se hubiese arrepentido, persistiendo de nuevo en permanecer soltero? ¿Cómo me hubieras juzgado entonces? Un poco inconsecuente, ¿verdad? A propósito, ¿quién se ha encargado de ser su intermediario?

—El Vicario general.

—¡Oh! Entonces ha quemado las naves para no volverse atrás. Cuando se tienen las opiniones del barón de Rocher, no se desautoriza á un futuro Obispo.